PENSAR EN EL PARAÍSO

EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN



Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Los traicionarán hasta sus propios padres, hermanos, parientes y amigos. Matarán a algunos de ustedes, y todos los odiarán por causa mía. Sin embargo, ni un cabello de su cabeza perecerá. Si se mantienen firmes, conseguirán la vida» (Lc 21, 16-19).

Madre nuestra: las palabras de Jesús que hoy consideramos nos hablan no solo de traiciones y de odio, sino también de persecuciones y cárceles por su causa. Son situaciones que se han presentado en diversos lugares a lo largo de toda la historia de la Iglesia, queriendo acabar con los testigos de Cristo, porque no es el discípulo más que su maestro, y el Señor sufrió todo eso durante su vida en la tierra.

Al meditar en esas palabras es muy fácil que venga la tentación de pensar que no resulta atractivo entregar la vida a Dios, porque sus palabras no dejarán de cumplirse y tarde o temprano aparecerá la cruz,

en todas esas modalidades. Cuesta mucho seguir los pasos del Maestro, dar testimonio.

Pero también es verdad que Jesús pidió grabarse bien que un elegido suyo no tiene que preparar de antemano su defensa, porque Él le dará palabras sabias, a las que no podrá resistir ni contradecir ningún adversario. El testimonio ante las adversidades es precisamente de fe, de confianza en Dios, de amor a la cruz, de renuncia por amor al Reino de los Cielos.

Solo una persona que ha entregado fielmente su vida a Dios puede hablar de la experiencia de vivir la alegría de la cruz, de ese gozo del que habla Jesús en el Sermón de la Montaña cuando dice a los injuriados y perseguidos: "alégrense y salten de contento, porque su recompensa será grande en el cielo".

¿Cómo podemos, Madre, aceptar mejor ese sufrimiento por la causa de Cristo?

Hijo mío: ven conmigo. Vamos a orar y contemplar la gloria de Dios.

Abre tu corazón.

Cierra tus ojos y abre los ojos de tu alma.

Deja que el Espíritu Santo te llene de su gracia y de su don.

Contempla la gloria de Dios, que es la vida eterna para ti.

Piensa en el Paraíso al que irás, y serás feliz. Todo lo mejor que puedas imaginar que te sucederá será poco, comparado con lo que Dios tiene para ti preparado.

No tengas miedo de entregarle a Dios tu vida.

No temas al martirio, al sufrimiento, a la muerte, al castigo.

Si tu conciencia está tranquila, si vives en amistad con Cristo, libre de pecado grave, es que tu alma vive y el Señor ha hecho en ti su morada.

Piensa en el amor de Dios, que es Padre; que te ha creado y tanto te ha amado; que envió a su único Hijo al mundo para salvarte.

Piensa en cuánto te ama el Hijo de Dios, que ha aceptado la muerte de cruz para perdonar tus pecados, para purificarte con su bendita sangre y llevarte con Él a su Paraíso.

Entregarse a Dios es motivo de gran alegría. Cuando tú decidas decir: *"sí, haz, Señor, lo que tú quieras con mi vida; hágase tu voluntad en mí"*, entonces vivirás en paz, tu corazón gozará de la plenitud de la alegría de ser Hijo de Dios, y de poder aprovechar cada instante de esta vida para extender su Reino, para alabarlo, para adorarlo, y preparar tu alma para ese encuentro en el que el Hijo de Dios te mirará, te sonreirá, y compartirá contigo la gloria de su Padre y tu Madre.

Toma mi mano. Permíteme acompañarte, consolarte, sostenerte en medio del sufrimiento de este mundo, que es pasajero, y llevarte en la seguridad de mi abrazo al camino de la santidad, y en los brazos de Jesús entregarte.

Cuando tú decidas rechazar tus miedos y abrir tu corazón a la vida nueva, desearás compartir con Cristo sus sufrimientos, participar de su cruz, porque comprenderás que la muerte para ti no será más que un tránsito momentáneo, para gozar de la vida eterna, con Cristo, en su Paraíso.

Te dejarás purificar por ese sufrimiento y gozarás haciendo de tu vida una ofrenda, un continuo ofrecimiento, porque comprenderás quién eres tú y quién es Dios, y te alegrarás de que Él haya tenido compasión de ti y haya derramado en este mundo su misericordia para alcanzarte la verdadera vida.

Por tanto, hijo mío, alégrate si eres perseguido por la causa de Cristo, porque querrá decir que han sido abiertas para ti las puertas del Paraíso.

Pide al Espíritu Santo la gracia de la perseverancia final; la fuerza para vivir la virtud de la firmeza; la confianza que da el don de la esperanza; una fe grande; y el amor de mi corazón, para soportar cada minuto, cada segundo en este mundo, esperando el día del encuentro final, en el que gozarás de la plenitud de Dios en su eternidad.

Mientras tanto, que sea tu consuelo creer que Jesús está contigo todos los días de tu vida, porque así lo ha prometido;

y yo te llevo de mi mano, te ayudo, te auxilio, te protejo, y jamás me apartaré de tu lado.

Entrégale a Dios tu vida. Es la mejor decisión. Pregúntale a tu corazón, y verás que tengo razón.

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 207)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

Búscanos en:

Arquidiócesis de Toluca

www.lacompañiademaria.com

lacompaniademaria01@gmail.com

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes